Un libro capital:

“La explosión demográfica”

Escribe: JORGE ELIECER RUIZ

La cuestión de “la explosión demográfica” no es una cuestión académica: constituye un campo de batalla en el que contienden las más diversas ideologías y en el que las ciencias más variadas se disputan el derecho de decir la última palabra. No obstante estamos muy lejos de oír la voz definitiva en una materia cuyo análisis se disputan la economía, la ética, la medicina, la sociología, la arquitectura, la estadística, la geografía... Pero no continuamos más con esta enumeración caótica; digamos en resumen, que el problema demográfico es un problema político. Y ya sabemos que “la política es una ciencia más complicada que la física”, en palabras de Einstein, que tenía por qué saberlo.

Esta evidencia de la complejidad de la materia estudiada constituye una parte bien positiva de la obra escrita por Benjamín Viel bajo el título de **La explosión demográfica**, publicado en el presente año por la Universidad de Chile. Pero esta contribución, siendo tan importante, es apenas una conclusión válida para el intelectual o el estudioso que quiera prevenirse de la candidez de las simplificaciones. El hombre común encuentra en el libro del profesor chileno un cuadro comprensivo del problema demográfico mundial; una visión esquemática de la evolución biológica de la humanidad desde el pastor nómada hasta el hombre de las grandes ciudades de nuestros días; una discusión del problema poblacional desde los puntos de vista numérico, económico, social y médico; una exposición convincente de la necesidad de establecer una política de planificación familiar y un análisis de los distintos métodos anticonceptivos y por último una mirada muy rápida pero no por eso menos perturbadora, al panorama demográfico de la América Latina.

¿SOMOS MUCHOS? ¿CUANTOS SOMOS MUCHOS?

“Desde el año I hasta el siglo XVII, 1600 años fueron necesarios para doblar la población. Desde 1930 hasta 1975 solo 45 años serán necesarios y si la actual tendencia persiste, para el año 2000 la población total alcanzará a 8.000 millones, solo 35 años para volver a doblarse a sí misma”. Es

un número aterrador si se piensa que hoy con un poco más de 3.000 millones de hombres existen regiones como el sudeste asiático, gran parte de Africa y América Latina, exceptuados Argentina, Uruguay y el Sur del Brasil, en donde las condiciones de vida son francamente desfavorables y en algunos casos, punto menos que infrahumanas.

Mas en esto de los niveles de vida existe una "gran paradoja" que vamos a formular en las mismas palabras del profesor Viel: "El 29% de la población del mundo tiene una producción adecuada y que en muchos rubros excede las necesidades de consumo, posee las mejores tierras de cultivos y su gran disponibilidad de energía le permite un alto nivel de producción industrial. Ellos se alimentan bien, tienen una distribución por edad adecuada a la producción, una mortalidad general por debajo de 10 por mil y una mortalidad infantil por debajo de 30 por mil.

"El 71% de la población del mundo tiene una producción inadecuada de productos alimenticios, una producción industrial insuficiente que la obliga a vivir de la importación, fuentes de energía no desarrolladas y tierras aún no explotadas. Ella constituye el área subdesarrollada, se alimenta mal, tiene una distribución por edad adversa con predominio de menores, una mortalidad general en descenso continuo pero generalmente superior al 10 por mil, una mortalidad infantil en descenso, pero siempre fluctuante entre 70 y 120 por mil, que si bien es cierto tiende a descender, se compensa con una mortalidad todavía alta en los 4 años de vida que siguen al primero".

Esta confrontación de las dos áreas, la de la miseria y la de la opulencia, que conviven en el mismo planeta nos hace patente la dificultad de definir cuál sería el número ideal de habitantes para la tierra. Lo más seguro es que ese número ideal no exista y que tengamos que guiarnos por relaciones: consumo de alimentos por habitante (medido en calorías); renta per cápita; porcentaje de criminalidad, de aborto, de alcoholismo; analfabetismo, etc. Estos índices nos muestran el estado de la población de una región determinada y nos informan sobre el grado de "humanización" de sus habitantes.

"Es evidente que tiene que existir un punto de saturación entre la población y el alimento. Ese punto no se ha alcanzado aún y no parece estar muy cercano. Bajo el punto de vista económico el problema demográfico no es todavía el del número total de habitantes sino simplemente el del ritmo de crecimiento, de un ritmo más lento que permita a los países subdesarrollados de hoy crear capital de exportación o importarlo razonablemente cuando su creación sea demasiado escasa, sin disminuir los servicios que la población demanda sino, por el contrario, aumentándolos hasta cambiar la actual distribución por edad a través de la distribución de las muertes innecesarias del niño y del joven hasta lograr que en dicha población no haya analfabetos y no exista el hambre. Si el ritmo de crecimiento impide la capitalización que ha de generar a su vez la mayor producción, el mundo subdesarrollado, lejos de disminuir, tenderá a aumentar y mañana un mayor número de seres que hoy, serán víctimas del hambre, la miseria y la ignorancia".

Entonces podemos decir con seguridad que crecemos muy de prisa y que este crecimiento acelerado es incompatible con el éxito en la lucha contra el subdesarrollo.

¿COMO FRENAR LA GRAN CARRERA ?

Uno de los capítulos más apasionantes del libro del doctor Viel es aquel en que analiza el problema del aborto inducido y la importancia de su estudio como medio para determinar las actitudes de la población, ante el aumento del número de hijos por cada familia; la próxima llegada de un hijo "no deseado" o la conveniencia o inconveniencia de legalizarlo, como en Rusia a partir de 1960 y en el Japón a partir de 1952.

De este análisis, el autor concluye que "la respuesta al gravísimo problema del aborto ilegal no puede ser otra que el uso de anticonceptivos. Ello hace coincidir los dos elementos que en el mundo actual deben buscarse: la disminución de la velocidad del crecimiento de una población hasta adecuarla con el aumento de su producción y la disminución de la tensión de la "pequeña explosión demográfica" intrafamiliar que termina llevando a la mujer a exponer su vida en una intervención cruenta".

Después de discutir la eficacia de los distintos sistemas anticonceptivos, los factores que deben tenerse en cuenta para su elección y aquellos que se oponen a su empleo, concluye el autor: "En resumen, posiblemente entre muchas otras las fuerzas que se oponen más fuertemente a una planificación familiar, por necesaria que ella sea, son, en mi opinión, principalmente cuatro: la miseria extrema, la ignorancia de los elementos básicos de la fisiología de la reproducción y la vida sexual, algunas religiones en grado diverso y un sentimiento vago de nacionalismo que alcanza importancia esporádica y temporal y que se manifiesta en grado variable en diversas regiones de la tierra; aunque superado en Europa es capaz de manifestarse todavía en el mundo subdesarrollado. De todas ellas, sin duda las dos primeras son las de mayor peso".

Este análisis del problema nos muestra dos cosas de la mayor importancia práctica: a) la única manera de frenar la carrera demográfica es la planeación familiar y b) la pobreza y la falta de educación son los dos principales factores que limitan la eficacia de los programas de planeación familiar y no la pertenencia a un determinado credo religioso, como habitualmente se cree, ignorando los cambios de enfoque de que ha sido objeto la cuestión en los últimos años por parte de los orientadores de los más diversos credos religiosos.

EL PROBLEMA EN AMERICA LATINA

Si, como lo prueba el estudio realizado por la CEPAL sobre "el desarrollo económico de la América Latina en la postguerra" ha habido un debilitamiento en el ritmo de crecimiento del producto y del ingreso, en los últimos años, y, por otra parte, ha sobrevenido un aumento en el ritmo de crecimiento de la población (superior al 2.5% en promedio) como con-

secuencia del mejoramiento de las condiciones de salubridad, resulta palpable que estamos llegando a límites muy cercanos a la saturación. Si nuestra capacidad de aumentar la producción de alimentos es muy reducida y el consumo per cápita ha descendido en más del 2% con relación al de 1953; si nuestras posibilidades de ahorro para crear el excedente necesario para aplicarlo a planes de desarrollo son cada día más discutibles, si parece establecido que un ritmo de crecimiento de la población superior al 1% es incompatible con el proceso de desarrollo en su fase de "despegue" *take-off*, es preciso concluir que para nosotros ha llegado desde hace varios años la hora de tomar una decisión. ¿Cuál debe ser el sentido de esta decisión, impostergable?

Veámoslo en las palabras del profesor Viel: "Si los gobiernos lucharan decidida y abiertamente contra el analfabetismo, la mendicidad y la infancia abandonada, la familia no constituida y el aborto inducido de naturaleza ilegal, no creo que podrían usar otro medio más eficaz que la educación, complementada con la libre oferta de anticonceptivos y en ello, la Iglesia no podría ser sino una aliada parcial con amplia oportunidad de enseñar a sus feligreses cuáles anticonceptivos son o no tolerables para la moral católica. No me pareció diferente a lo expuesto, la opinión del Reverendo Padre Roger Vekemans en el Foro de la Sociedad Chilena de Salubridad en 1964. Allí, él solo manifestó su desacuerdo con la posibilidad de una política compulsiva; yo también lo hubiera manifestado, pero en ningún caso con una política permisiva que, como el bien dijo, fuera a ayudar y prevenir la trágica condición de la madre obrera o campesina sobrecargada de hijos y sumida en la miseria".